

De la belleza.

Antes de terminar estos preliminares, se hace indispensable exponer algunas nociones sobre la naturaleza y propiedades de la belleza, de esa cosa al parecer indefinible, que observamos en las obras perfectas de la creación ó del arte, en cuya investigación Sócrates y su escuela, no menos que los filósofos cristianos, pusieron á prueba sus talentos. Hoy que el sensualismo, corrompiendo la filosofía, quiere también corromper nuestra humana dignidad, es preciso sacudir con noble orgullo sus imposiciones, y presentar con criterio católico la teoría sobre la belleza, oponiendo á groseras afirmaciones razonamientos sólidos, fundados en la experiencia, en la autoridad y en los principios racionales de la más sana filosofía.

Como no entra en nuestro propósito hacer una exposición completa de asunto tan importante, presentaremos solamente algunas ligeras indicaciones, á fin de dejar un vacío en nuestra obra, remitiendo al lector á los autores que exprofeso han tratado la materia (1).

Todos convienen en que la *belleza* deleita; la contemplación de las cosas *bellas* causa placer; partiendo, pues, de esta observación, veamos cuál es su naturaleza.

Antes, sin embargo, se hace preciso tener presentes algunas nociones de filosofía moral. Llámase *bien*, se-

(1) Puede verse con especialidad *El Concepto de la belleza*, por el sabio jesuíta P. José Yungmann, que trata admirablemente esta materia.

gún Aristóteles y Santo Tomás á una cosa cualquiera considerada como objeto de una tendencia. El bien puede considerarse bajo tres respectos; como bien *útil*, *deleitabile* y *honesto*. Esta clasificación resultará justificada con un ejemplo: Un arroyuelo de límpidas y cristalinas aguas, que se desliza en ondas caprichosas por un hermoso valle, es bueno para un agricultor, porque lo considera á propósito para regar los campos (*bien útil*); agrada también al sediento viajero, porque le sirve perfectamente para extinguir su sed (*bien deleitabile*); complace sobremanera á un poeta, porque lo encuentra hermoso (*bien honesto*).

El amor que excita en nosotros el bien útil y deleitable, se llama amor de *concupiscencia*; el que engendra en nosotros el bien honesto, se llama amor de *benevolencia*, amor perfecto, desinteresado.

El amor de concupiscencia y el de benevolencia causan placer, porque este sentimiento es inherente al amor; pero hay la diferencia de que el amor de concupiscencia busca el placer; el deleite es su causa final; pero en el amor de benevolencia la razón es inversa; el amor causa el deleite; se origina éste, sin buscarlo, necesariamente del amor.

Ahora bien; el amor de lo bello es amor de benevolencia, es un amor espiritual perfecto. San Agustín, hablando de la belleza de la justicia, dice: «Si ésta no fuera bella, ¿por dónde sería amado el hombre anciano? ¿Qué hay en su cuerpo que pueda deleitar nuestra vista? Sus miembros están encorvados, su frente cubierta de arrugas, su cabeza blanca, sus pasos vacilan. Pero acaso este anciano decrepito, que no deleita á tus ojos, ¿deleita á tus oídos?, mas ¿con qué sonidos? ¿por ventura con el canto? Siendo joven, quizá cantara bien, mas con los años todo pasó. ¿Serán sus palabras las que gusten? Ya sin dientes, apenas puede formar sonidos completos. Y sin embargo, como sea justo, si no codi-

cia lo ajeno, si reparte á los pobres de lo suyo, si son buenos sus consejos, recta su conciencia, su fe íntegra... no hay duda que le *amaremos*. ¿Por qué?... porque la *justicia tiene también su belleza*, que sólo vemos con los ojos del alma, y que nos mueve á amarla con encendido amor; aquella misma belleza que amaban los hombres en los mártires al ver sus miembros despedazados por las bestias.» El neo-platónico Máximo de Tiro, se expresa así: «Del amor hemos dicho que es el amor de la belleza, y el que ama otra cosa fuera de la belleza, amará el deleite. Pero en este caso mudemos también el nombre, y á esta otra fuerza ó impulso del amor llamémosla concupiscencia, no amor, á fin de no confundir también los conceptos, usando de una misma expresión. Bajo el nombre de amor, entendamos la complacencia en la belleza; por el contrario, demos el nombre de apetito á la inclinación al deleite.» «Sólo la belleza es amable», decía en otro lugar; y repetía San Agustín: «Lo que no es bello, tampoco puede ser amado; el amor es concupiscencia cuando no se funda en la belleza.» El amor, pues, que en nosotros excita la belleza, es sólo el verdadero amor, amor inseparable del gozo, porque gozar no es otra cosa que «la actividad no impedida, libre de toda potencia natural».

El fundamento psicológico de este amor de benevolencia es la semejanza. Dicese en el Eclesiástico: «Toda cosa ama á lo que es semejante á ella.» Aristóteles, Platón, Marco Tulio, establecen la misma doctrina. Boecio dice: «Toda diversidad es discorde, y por esta causa es apetecible la semejanza... Toda cosa tiende á lo que es semejante á ella.» Esta es también la doctrina de Santo Tomás. La semejanza es, no sólo la condición, sino el fundamento del amor de benevolencia.

Dios, el ser perfectísimo, el ser verdaderamente amable por sus infinitas excelencias, es la belleza absoluta y fuente de toda belleza. Son bellos los espíritus angé-

licos, es bella nuestra alma, es bello el hombre y lo son igualmente otras criaturas por su semejanza con Dios, porque en la obra está retratado el artífice. Cuanto mayor sea esta semejanza, mayor será la belleza. Esta propiedad existe de una manera más perfecta en el mundo espiritual y moral, aunque no deja de encontrarse en el orden corpóreo (1).

Para advertir mejor esta relación de semejanza de que hablamos, pongamos como término de comparación nuestra alma, imagen y semejanza de Dios, y veamos cómo puede verse á sí misma en las demás cosas, y por ende ser estas semejanzas suyas, y salva infinita distancia, serlo también del mismo Dios.

Nuestra alma es una substancia viva, inteligente é inteligible, inmortal é inclinada naturalmente á la verdad y al bien. Por consiguiente, todo aquello en que se ostenta vida, actividad, movimiento libre; todo lo que lleva impreso el carácter de la permanencia; todo lo que clara y distintamente se presenta iluminado é iluminador, todo eso está con nuestra alma en una relación de semejanza. En igual relación de conformidad se encuentran las cosas en que se hallan guardadas las leyes esenciales del ser natural, ó las reglas morales de las acciones libres.

Estas semejanzas se encuentran en los cuerpos, en las plantas, en los animales y en todo lo criado. Por consiguiente, todo lo que *es, es bello*; si bien nuestra limitada inteligencia no sabe encontrar siempre la belleza.

El lenguaje vulgar llama, sin embargo, feas á muchas cosas, entendiendo por esto las imperfectas con relación á otras más perfectas. En este sentido existe lo feo. No hay para qué decir que lo inmoral es lo más feo, lo más deforme, porque si el orden, la conveniencia y

(1) La unidad, la variedad, el orden, la proporción, la facilidad, etc., no son la belleza misma, sino cualidades que la acompañan.

proporción, etc., son las propiedades de las cosas bellas, en nada se ve mayor desorden, mayor inconveniencia que en la inmoralidad, en el pecado. Pues así como en los seres libres ninguna perfección hay sobre las del orden, así no hay tampoco ninguna falta más perceptible que la inmoralidad. Lo inmoral será, por consiguiente, feo realmente, porque lo inmoral es el desorden, y por eso no retrata la belleza del Ser Supremo.

En resumen, la belleza no es otra cosa que la bondad *intrínseca de las cosas, en cuanto contemplada por el entendimiento produce un deleite puro, espiritual. Bondad*, decimos, porque la belleza se lleva tras sí nuestro amor, y sólo el bien es objeto del amor; llamamos á esta bondad *intrínseca*, porque no la amamos por ser buena para nosotros, por el deleite que nos produce ó la satisfacción que nos proporciona, sino porque es buena en sí, porque es una perfección: se dice que esta bondad, *en cuanto es contemplada por el entendimiento, deleita*, porque la bondad intrínseca, para tener razón de belleza, dice relación á la facultad de entender, la cual, advirtiendo las perfecciones ó semejanzas de la cosa bella, excita más y más el amor en nuestra voluntad, amor que produce necesariamente el placer estético. «La belleza agrada á la vez á la mente y al corazón, y en esto se distingue de la verdad, que sólo satisface á la mente, y del bien, que sólo se dirige al corazón.»

La flor de la hermosura, la belleza en su más alto punto de perfección, es la *sublimidad*, la cual no es otra cosa que una plenitud de bondad intrínseca, considerada como un afecto del corazón compuesto de amor y respeto; por lo cual la cosa sublime, cuando la contemplamos, nos produce un gozo profundo junto con admiración (1).

Siendo el objeto de nuestro trabajo señalar los medios

(1) Sánchez Casado: *Retórica y Poética*.

para que un discurso resulte bello, no podemos menos de decir aquí en qué consiste su belleza. A nuestro juicio, consiste precisamente en exponer, por medio de la palabra, el bien del orden moral, de modo que la exposición sea apta para mover la voluntad del auditorio á quererle con ánimo determinado y eficazmente, y por tanto á tomar el amor del bien moral como fuerza impulsiva de sus acciones y de su vida entera.

Para que á un discurso convenga este concepto, será preciso que sea bella la parte, y ésta ha de ser la principal que á él lleve el entendimiento; bella la que en él toman la fantasía y el corazón, y bello el lenguaje con que el todo se expresa; en que el fin y los medios, en que el fondo y la forma, estén en esa proporción armónica que hace que ni aquél peque por pobre y descolorido, ni ésta por impropia y desaliñada.